

REVALUACION DE NUESTRO VOCABULARIO POPULAR

Los refranes (en lo antiguo *retaires*), así como son la primera manifestación de la filosofía del pueblo a impulsos de la maestra experiencia, son asimismo el reflejo más fiel y tradicionalista del habla de nuestros antepasados y archivo y notaría del más genuino castellano. De modo que su lectura siempre será útil a quien se interesa por la pureza de nuestra lengua maternal y también por su intacta conservación.

Acabamos de recorrer pausadamente un volumen de 500 páginas de muy pesada lectura, a menos que se haga como lo hicimos nosotros, según fue trabajado: poco a poco y sin afán.

Su autor: el sabio y llorado don Francisco Rodríguez Marín. Su título: *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del Maestro Gonzado Correas. Allególos de la tradición oral y de sus lecturas durante más de medio siglo...* (Madrid, 1926).

Los que más nos han interesado por su reivindicadora doctrina práctica en materia de lenguaje o como patrones de abolengo de colombianismos y refranes nuestros que nos parecen a primera vista originales, son, entre otros, los siguientes, que pueden indicar una ruta para estudio de mayor alcance.

"A borrico perro, ponerle el cencerro". — Comenta aquí el maestro Rodríguez Marín: "*Perro* en acepción de flojo o perezoso". No otro pues es el origen del modismo caldense *hacer perro*, por 'holgazanear', 'matar el tiempo', 'echarse uno a la bartola', 'estar mano sobre mano'.

"Alabáos, coles, que hay nabos en la olla". — Progenitor indudable del popular dicho antioqueño "Alábate, colis". El *colis* bien puede ser la castellanización de una marca extranjera de armas blancas.

"Al desdichado, en la sal le nacen gusanos". — En esta matriz se formó el gracioso dicho antioqueño "Cuando uno está de malas hasta en la almohada se descalabra", más patético que su padre peninsular.

"Contra más grandullón, más bribón". — "*Contra más*, enseña el maestro, en el sentido de *mientras más*, muy común en Andalucía. El vulgo [agrega] lo contrahace diciendo *contrimás*". *Contrimás* se lo digo, peor lo hace. Así y todo, no es menos rancio que castizo.

"Cuanto más alta la subida, más grande la caída". — De ahí el nuestro, más lacónico y enfático: "Sube como palma, y cae como coco".

“El aceite, en callando: la manteca, en chirreando”. — Comenta Marín: “El aceite calla y la manteca *chirrea* o *chirria* cuando está a punto de recibir lo que ha de freírse”. ¿Por qué, pues, no hemos de seguir diciendo y escribiendo *chirrea*, como lo hemos venido haciendo a una con Andalucía? *Chirria* es muy estirado y da la impresión de que uno se equivocó.

“En dando las tres, se deja el tajo donde esté”. — *Tajo* entre peonadas del campo en Antioquia (también *corté* y *tonga*), es el sitio o frente divisorio entre lo hecho y lo por hacer, donde se alinea la cuadrilla.

“En mi gusto y mi zaranda, nadie manda”. — A este son canturriamos en nuestra tierra:

Yo tenía mi guariconga
Y el cura me la quitó:
El cura manda en su misa
Y en mi guariconga yo.

Guariconga: amuleto, fetiche supersticioso. Entraña su resabio anticlerical.

“Harrieritos semos, y en el camino nos encontraremos”. — *Semos*, vulgarismo por *somos* allá como aquí. En España escriben *harriero* con hache: entre nosotros, más propensos a quitar que a poner, no quedó de la pseudoaspirada ni rastro.

“La mujer cuando se despide, posdata a la carta añide”. — Si en antiquísimos refranes españoles se decía *añide*, parece que no hay por qué horrorizarnos de nuestro popular *añidido*, de arraigo peninsular.

“La tijera, a par de su compañera”. — Marín: “Se usó en Toledo en el siglo xvi”. Luego *tijera*, por cada una de las hojas o cuchillas del utensilio es castellano o lo fue.

“Los navíos de Hornachuelos [Córdoba], ambos a cual más feos”. — El P. Mir en su *Prontuario* reprueba el giro *a cual más*, pero castellano, lo es, y del bien rancio que tanto le gustaba a su reverencia. Disimulen la contradicción.

“Manda y hace, y excúsate de paje”. — Fuera de la útil sentencia de economía doméstica, este refrán defiende el buen castellano tradicional. *Háce* por *ház*: sobre forma regular, manoseada. Doble razón para conservarla.

“Más te quiero ver muerto que tuerto”. — “*Tuerto*, dice Rodríguez, por *torcido*, perdido”. Es de saberse que *tuerto* tiene dos acepciones en nuestra lengua: la latina (*tortus*) está casi olvidada entre nosotros. *Tuerto* o *torcido*: ‘avinagrado’. Es voz de viticultura muy común en España. En la *Pelea de los mosquitos* de Iriarte se toma en este sentido.

“Más vale docto que doctor”. — De aquí la frase célebre de Antioquia “Más vale saber hacer las cosas que ser doctor”, dicho de un insigne sacerdote al sacar de apuros a un profesor graduado que se había enredado en no sé qué problema algebraico.

“Vale más el caldo que los huevos”. — En Caldas decimos “Vale más el caldo que las yucas”, creyendo haber inventado este refrán o idiotismo, cuando apenas le cambiamos o adoptamos a nuestro medio el cabo y remate al hispánico *retaire*.

“Menos dañe perro que coma que buey que roiga”. — ¡Cómo nos costó cambiar por el repelente *roya* (y su afín *raya*) nuestro montañero *roiga*, hablado con desparpajo en la imperial Toledo, madre de nuestra lengua!

“Ni buey zarco, ni gente de Arcos [Cádiz]”. — Con grande y dolorosa pena teníamos que renegar de nuestra familiar *zarco* en el colegio, durante la fiebre inquisitorial de las correcciones de lenguaje de Isaza, sin sospechar que estaba respaldado por el refranero, cantera de la lengua, y que con él había abierto su famosa traducción de la *Vida de Cristo*, por orden de la reina Isabel la Católica, el anteclásico fray Ambrosio Montesino de la Regular Observancia. En cada escuela cuando no en cada familia suele haber algún ojiazul y verde que llamamos *zarco*, y es el título de una novela de Carrasquilla, que tantas voces náufragas ha salvado.

“No está el horno para tortas”. — Antioqueñizado suena: “No está el palo para cucharas”, con su reminiscencia tradicionista y su por qué de originalidad.

“No es todo aire lo que echa la trompeta”. — En Cundinamarca hemos oído “El tercio no es de hojas”, para indicar que bajo la grande apariencia hay mayor meollo y realidad.

“No morirá Curro de cornada de burro”. — Progenitor de nuestro “¡Cuidado lo muerde con la cola”, satirizando al meticuloso ante una inocente animalia.

“No os vais, Muñoz, que hay arroz”. — Rodríguez Marín: “*Vais* por *vayáis*, como se decía en los siglos XVI y XVII”, y también en el XX en Antioquia (agregamos nosotros) donde no nos oiga eso sí la gente sabida y remilgada.

“Por buey ni por vaca, no toméis mujer maniaca”. — Así y no de otra suerte se dijo a la faz del mundo en la vieja Toledo el siglo XVI. Y enseña Rodríguez Marín que en romance nunca se ha dicho *maniaco*, *siriaco*, aunque el *Diccionario* parle a la latina. *Cristiada* escribió el P. Hojeda, y en Santa Fe *Tocaimada* (no *Tocaimiada*).

“Pegar el salto, y caer en el barro”. — De donde “pegar la carrera”, “pegar la estampida”, que nos parecen tan montañeros y mazorrales, y no son sino la misma ufanía de la paremiología hispánica.

“Por puerta abierta, el diablo se cuele”. — Este refrán, dice Marín, explica por qué algunos se hacen la cruz en la boca al bostezar. Luego el refranero enseña la lengua y da la razón de ciertos hechos de oscuro origen.

“Quien pierde el asno, y halla la albarda, eso gana”. Sobre lo mismo: “Quien pierde el borrico, y encuentra la albarda, no pierde nada”. — He aquí desvanecidas las complicadas, sutiles y hasta arbitrarias teorías sobre la diferencia entre *hallar* y *encontrar*, impuestas a última hora: por de contado que el creador de la lengua no supo de la misa la media en tales distinciones que de agudas parten un cabello al aire.

“Unos suben y otros bajan, unos hinchén y otros vacían”. — “Por aquí se echa de ver que en Toledo, donde juntaba el licenciado Horozco sus refranes, y éste es uno de ellos, decían *vacía*, y no *vacía* en el indicativo de *vaciar*” (R. M.). De las cosas antipáticas para nuestras orejas es el *se vacía el tonel*, que ahora usan los españoles. En cuanto al *hinchén* de este mismo hemistiquio o paralelismo, nada tiene qué ver con los *hinchas*, terminacho plagiado a los jugadores argentinos. ¡Importar castellano del deporte del sur!

Poco a poco, pero a la continua, se va autorizando el franco y expresivo lenguaje que aprendimos en el hogar, después de la derrota sufrida en la escuela primero, después en el colegio y por último en librezuelos de por allí, de los que escriben sin estudiar.

“Vá, vá; que en tal parará”. — “*Va*, imperativo de *ir*, que ahora decimos *ve*” (F.R.M.). ¡Quién sabe si ganando o perdiendo, pero en todo caso sí enredando!

“Un hombre arrestado, vale por cuatro”. — En el sentido de resuelto, intrépido, nuestro *arrestado* tiene mucha fuerza y es muy castizo y trillado en Antioquia. Este y otros recursos parecidos contribuyen eficazmente al vigor y virilidad del habla popular de esta región, como resulta de sus costumbristas.

Por la salva y muestra no más (pues tal ha sido nuestro propósito en esta nota), que se acaba de dar, consta que los refranes o retaires son los testigos de la legitimidad del lenguaje popular y al mismo tiempo los abogados de muchos colombianismos que estaban esperando su rehabilitación.

El hombre maduro siente indecible placer cuando por una u otra vía desambenita los términos o giros que aprendió en la intimidad de la casa materna, a que la férula y la advenediza moda lo hicieron renunciar. Al hallarles a la postre la fe de bautismo o hacérsela refrendar, después de largo tiempo olvidada, comprobando así nuestro vocabulario casero, lo besa casi con ternura, como Sancho Panza, que, en dando con su rucio tras larga busca, lo abrazaba y le echaba mil piropos llamándolo hermano.

Fray GREGORIO ARCILA ROBLEDO, O.F.M.